

IZQUIERDAS

Semanario de «Izquierda Republicana»

Año II

Cuenca, 5 de Julio 1934

Núm. 18

AUN NO HAY ALCALDE

En la sesión del día 2 de julio, los candidatos presentados por sus respectivas minorías para ocupar la Presidencia del Concejo, señores Herráiz Cerdán y García Ramos, empataron a nueve votos

Al proponer Portela para Alcalde nuevamente a Alfredo García, el público que llenaba la sala le aplaude con entusiasmo

Análoga proposición del Sr. Espejo, a favor del Sr. Herráiz, provoca una silba estruendosa con mezcla de increpaciones e improperios para el candidato derechista

EL LUNES PRÓXIMO SE REPETIRÁ LA VOTACIÓN

Expectación

Llegamos el lunes al salón de sesiones pocos minutos después de las siete. Ya están presentes los concejales Ruiz, dispuesto a presidir, Espejo, Luz, Herráiz, Echavarría, Collado, Romero, Torralba, Pardo, Portela, Lizondo, Torrero, García Ramos y Sánchez. Todos ellos ocupan sus respectivos escaños, pero la sesión no comienza. Llegan Ortega y Roibal. Silencio absoluto y la sesión sin comenzar; la Presidencia, por lo visto, espera que esté el completo, porque solamente faltan Alique y San Millán. Este llega a los pocos momentos. Todavía no se abre la sesión.

En los pasillos, se oye el recio murmullo del público que espera impaciente. Mientras, nosotros pasamos revista a los señores concejales. Las izquierdas cambian animadamente impresiones en voz baja. Las derechas se muestran graves, meditabundas, silenciosas y serias, con seriedad semejante a la de los fakires que embaucan a las gentes sencillas con sus trucos habilidosos en las barracas de feria.

Herráiz viste esta tarde con un atildamiento femenino, estilo Goicoechea, que... ¡ríanse ustedes del Corpus! ¡Y despide un tufillo!... Los demás concejales no han cambiado su diaria «toilette».

Hay repetidas consultas de textos legales por parte de Collado. (¡A ver si, al final, nos «colamos»!)

Va a abrirse la sesión. Observamos la llegada de Alique. Se abren las puertas del salón y el público lo invade totalmente con gran precipitación.

Unos minutos de rumores. Al fin, hecho el silencio, el secretario da lectura al acta de la sesión anterior que es aprobada por unanimidad.

La elección de Alcalde. Escándalo a toda orquesta.

La Presidencia anuncia el se-

gundo punto de la orden del día: elección de Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento. El Secretario lee en alta voz las disposiciones de la legislación vigente sobre el caso.

Hace uso de la palabra el correligionario Portela y pronuncia un discurso de tonos vibrantes para hacer resaltar el elogio que por

parte de todos los los concejales, de derechas y de izquierdas, ha merecido la gestión de Alfredo García Ramos al frente de los destinos del Ayuntamiento. Hace notar la contradicción que resulta de estos obligados juicios a que Alfredo se ha hecho acreedor, a lado del hecho que le puso en el trance forzoso de dimitir. Termina

proponiendo a García Ramos para ocupar nuevamente la Alcaldía. (Aplausos en el público).

El Sr. San Millán interviene para protestar de que se hagan estas alusiones citando nombres, apoyándose en que la elección debe ser totalmente secreta. (Pero ¿quién le contaría al Sr. San Millán que no pueden hacerse estas proposi-

ciones y cuantas a los concejales se les antoje?... Bueno.... lo disculpamos).

Portela contesta diciendo que no puede tolerar que por nadie se trate de coartar el libre ejercicio de su cargo de concejal. (Aprobación general en el público).

San Millán intenta rectificar y el público le abuchea. Un espectador le increpa duramente y el señor (SEÑOR) San Millán se indigna.

El Sr. Alique (¡allá vá!) abunda en las mismas manifestaciones (¿cómo no?) del Sr. San Millán y sufre otro abucheo. Atrevidamente, (temerariamente, diríamos mejor) se encara con la gran masa de público (¡ahí, tú, valiente!) en postura de reto, y el abucheo arrecia, entre constantes campanillazos de la Presidencia hasta que Alique se sienta, resignado al menos.

El Sr. Espejo —Pido la palabra.

El Presidente.—La tiene el señor González Espejo.

El Sr. Espejo.—Para proponer para el cargo de Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento a D. Román Herráiz Cerdán.

(Estas palabras del Sr. Espejo provocan en el público una silba tan estrepitosa como unánime. La Presidencia trata de cortar el escándalo pero es impotente; el griterío condenatorio atruena la sala con más fuerza a cada segundo. Se oyen improperios contra el señor Herráiz que nos son imposibles de reproducir. El Sr. Herráiz permanece, inmutable, en su escaño, igual que todos sus compañeros de minoría. ¡Román, eres el más grande!)

¿Será capaz—nos decimos—de ocupar la presidencia este caballero fuerte? Confesamos que nosotros nos habríamos dado un tiro. ¡Qué bochorno! Dios de don Gil, qué bochorno! Aconsejamos al Sr. Herráiz que a la sesión del próximo lunes no asista con terno nuevo; por lo menos, para no desentonar. Porque, amigo D. Ro-

(Continúa en la página 4.ª)

Nueve frente a nueve o la lucha de los dieciocho. Esto que pudiera ser el título de una romántica novela de aventuras, es en realidad la aventura en que está metida nuestra ciudad. Y sería curioso desentrañar y deducir, comparar posiciones, actitudes y conductas, en el orden político, como exponente y reflejo del ideario real y sincero de esos dos grupos que representan la situación española en orden al avance arrollador de las nuevas cosas. Recuerda algo al ayer, salvo, claro está, la distancia del tiempo y la diferencia del contenido. Entonces, era la política lucha de jefe más o menos idealista y desprendido y caravana de vicios y virtudes, ideales y apetitos, contra otro jefe y otra caravana; y así en el pueblo, en la ciudad y en la capital.

Liberales y conservadores. Espectáculo curioso; los entusiastas del jefe liberal eran, por lo general, hijos del pueblo de profesiones modestas, de pocas posibilidades económicas; hombres que vivían en la ciudad y en el campo, frente al duro trabajo cotidiano. Admiraban en el jefe su llaneza y camaradería y se acogían a él porque les defendía a capa y espada contra todo y contra todos. Al jefe conservador seguían los otros, los que tienen casi todo y necesitan mantenerlo.

Ha pasado el tiempo y es otro el ritmo de la vida pública; ya no hay cabecillas irresponsables, sino partidos organizados; y el ideal de superación humana se ha infiltrado a grandes dosis en las caravanas.

Pero estas siguen siendo dos: los nueve y los otros, que hacen la lucha de los dieciocho, Y así en el pueblo y en la ciudad.

Campos delimitados y frente a frente; los que pretenden avanzar y los que obligan a retroceder; los que todo lo sacrifican por el bienestar de la masa que sufre, y así actúan en su vida pública, y los que tienen sólo ojos para sus intereses y los de sus clientelas, que son los que les unen en apretado haz; odian a la democracia y a la República que la implantó, y tratan de volcar a una y a otra.

Y el pueblo, que tiene fino instinto, no les quiere. Y por eso, al salir un nombre de los bancos donde se ha reunido la solera liberal con los mandatarios del pueblo, sinceramente acogidos a la bandera republicana, se emociona la masa que los comprende y ama como suyos. Y al salir otro nombre, entre los legionarios de «lo mío», no es extraño que gruñan y se impacienten hasta la exasperación.

Y no consigue nada la blusa proletaria del hombre que no va a misa, a quien abrazan y miman con fruición jesuítica los que siempre van. El buen pueblo despreció a Judas Iscariote.

Nueve frente a nueve. La masa cuenta con el fervor del nuevo ideal, y a medida que salen de la urna, los votos de su alcalde popular.

Y... ¡ay de aquellos que no sepan interpretar la emoción del buen pueblo cuando masculla su oración!

Esa oración que está de nuevo en los labios del pueblo de España.